

ESTAMPAS CALLEJERAS

por ELADIO SECADES

TRAJE DE «CHUCHERO»

SIEMPRE los padres se han lamentado de las irreverencias de sus hijos. Lo que hace veinte años parecía falta de respeto y provocaba la santa cólera de los viejos, resultaría de una honestidad franciscana en la chiquillería contemporánea. La observación puede aplicarse a las cosas que se hacen y a las ropas que se usan. Que cualquiera tiempo pasado fué mejor, más que una realidad histórica, es disco propicio a echarse a sonar en toda época. Criticar «la juventud de hoy» fué, es y será manjar de personas mayores y tema de literatos. En las comedias españolas de las postrimerías del siglo pasado, se describe y se destroza al señorito que creía una gracia no pagar al sastre y golpear al guardia, con la misma



indignación que adoptamos ahora para proclamar al «chuchero» desdicha social y mamarracho de sastrería. Con su levitón de talla generosa que termina en los tobillos. Sus pantalones de tubos, nacidos en las axilas. El sombrero «Chattanooga», de grandes alas y adornado con plumitas de guinea. Y la cadena del llavero tan extensa y tan gruesa, que puede pensarse que en lugar de llaves, lo que el «tártaro» lleva en el bolsillo es un perro. Las modas siempre han tenido excesos que se salen de la novedad para caer en lo cursi. Es lógico que el «chuchero» haga reír en la calle, por la misma razón de extravagancia que el payaso hace reír en el circo. Que se le persiga y se le maltrate, equivale a desmentir un momento democrático, en que se supone que el ciudadano tenga plena libertad hasta para andar en ridículo.

Existen los que practican la elegancia y los que convierten la elegancia en caricaturas andantes y vivientes. Ser elegante y sencillo a la vez, es tan difícil como ser pobre y caballero al mismo tiempo. El «chuchero» es un dandy, pero visto con lupa. El cuello le congestiona el rostro, sin llegar al ahorcamiento. Su cabeza vacía se ha llenado de un sombrero semejante a las pamelas que las novias ro-

mánticas colmaban de flores en el «pic-nic» del domingo. Hay tipos de esta hora de coquetería masculina que al cultivar el pequeño bigote, pelo a pelo, ponen un cariño de espejo comparable al de la coupletista de estrofa coreada al pintarse un lunar en la mejilla. Pero tal calamidad, siendo digna de burla, no llega a lo trágico, ni deprime por su insignificancia los contornos vitales de la patria. El afán de singularizarse de unos pocos ni describe el grado de cultura de un país, ni merece que las autoridades se movi-



des se movi-
cen en cam-
pañas depu-
radas. El «chu-
chero» asom-
bra a unos
y divierte a
otros, al pre-
cio ya bastan-
te alto de una
ausencia de
gusto capaz
de congestio-
nar el tránsi-
to urbano. Su
chabacanería merece cierto res-
peto, mientras lesione la estética sin
maltratar los códigos. En un pue-
blo libre se puede ser hasta ma-
marracho, cuando no se es delin-
cuente.

Las modas se suceden, se multi-
plican, se desfiguran y se exage-
ran, porque es condición muy hu-
mana el deseo de deslumbrar. Huir
de la monótona uniformidad. Des-
tacarse, aunque sea encontrando
refugio risible en el tono chillón y
en la línea estridente. Si los «chu-
cheros» en la ciudad se notan, es
porque afortunadamente todos los
cubanos no vestimos así. El vérti-
go de llamar la atención es pecado
de vanidad o de ignorancia, que
en algunos se manifiesta en las
ropas y en otros en las ideas. Hay
adesivos de la elegancia, como los
hay de la elocuencia. Y no creo
yo que le haga más daño al sen-
tido de lo bello la tela verde de un
«tártaro», que la imagen de van-
guardia que recurre al disparate
para lograr un plano de significa-
ción. Existen pensadores que discu-
tiren como los «chucheros» visten,
y nadie esgrime las tijeras para
cortarles a esas genialidades los
pantalones de tubos.

El «chuchero» es un pobre dia-
blo con aspiraciones de maniquí.
Es la nota desafinada de nuestros
días. Cuida la amplitud de su saco
y la abundancia de su melena con
un amor que raya en la idiotez.
¿Dónde radica su grado de peli-
grosidad? En que se ensaña con la
estética, resultando un sarcasmo de
sastrería. Pero seamos francos, el



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

«chuchero» no es el único ejemplo de ridiculez en el atavio de hoy. Pensemos en esas señoritas de poco peso y escasa estatura, que se presentan con un peinado de cinco ondas y siete pisos. Reflexionemos acerca de la vieja verde con escarpines de colegiala. No perdamos de vista tampoco a esa amiga gorda que en un sitio insospechado y caprichoso de la cabeza, se instala un sombrero que queda lejos de la admiración y en la vecindad de la carcajada. Y nada se diga de la pepilla pavorosa y plavera que, como táctica para no pasar inadvertida, se enfunda en un pantalón apretado y en un «pull-over» de una talla menos, y va por esas calles como exhibiendo la patente prodigiosa de una autobiografía. Tipos y costumbres que pasan sin que la arquitectura social cruja. La noción exacta de la discreción no es virtud que esté a todos los alcances. Y la vida real tuvo, tiene y tendrá siempre mucho de amargura y bastante de teatro.



Am, Feb 25/45



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA